

Federico Henriquez y Carvajal

PERFIL AUTOBIOGRAFICO (1)

CUESTIONARIO.

- 1.—¿Cuándo, cómo i porqué empezó V. a escribir?
- 2.—¿Cómo llegó V. a su especialidad dentro de la Literatura?
- 3.—¿Qué autores han influido más en V.?
- 4.—¿Cuál es la producción propia que V. aprecia más?
- 5.—¿Está V. contento con su profesión de escritor?

Esas cinco preguntas —que a mí se me antojan ahora las paralelas de un pentagrama— tengo de contestar para satisfacer la galante solicitud de mi amigo el ilustrado director de LETRAS.

Cúmpleme llenarlo, el pentagrama, sin excusas ni vuelta de hojas; i lo haré de suerte i manera, lector benévolo, que te sea fácil leer lo que vaya sobre líneas i entrever lo que entre líneas diga. No ha de quedar ni por exceso ni por defecto. Cosa sabida es que, en escorzos, siluetas o perfiles, se corre el riesgo de caer en el páreado epigramático con el que alguien se refería a una casa de orates:

—“Ni son todos los que están,
ni están todos los que son. . . .”

Pero basté de preámbulo; lector amable i vamos al avío, digo: al pentagrama de las cinco preguntas.

(1).— En agosto del año 1917 inició la revista LETRAS, que se publicaba en esta ciudad, una encuesta entre los principales escritores nacionales de entonces, cuyos propósitos están visibles en las cinco preguntas que informan el Cuestionario.

Respondieron, además de Henriquez y Carvajal, José R. López, Federico García Godoy, Fabio Fiallo y Manuel A. Machado. Entendía la dirección de LETRAS que el conjunto de esas contestaciones, serviría a los futuros historiadores de la Literatura Dominicana para la reconstrucción del ambiente en que se formaron los intelectuales de esa época, por lo cual esas preguntas tenían una finalidad más alta que la de explotar simplemente la vanidad de los interrogados, al brindarles la ocasión de hacer autobiografía: la de reflejar, lo más fielmente posible, el medio en donde nacieron y se nutrieron aquellos hombres que, no obstante tantas circunstancias adversas, hicieron labor meritoria con la pluma. Es lástima que sólo cinco de los interrogados correspondiera al propósito educador de la recordada publicación dominicana.— (V. A. D.)

RESPUESTA.

A la 1ª.— A los cuatro años era yo todo un lector. Frisaba en los siete cuando vestí la sotana de monaguillo i me senté en los bancos de la escuela primaria en boga: la de Silvano Pujol, el prócer, Secretario que fué de la Junta Gubernativa creada en el Baluarte el mismo 27 de Febrero de 1844. A los ocho se me citaba, en la orden del día escolar, como lector notable —émulo de Blas Bonilla i Gerardo Bobadilla, lectores o proclamadores de la Constitución del Estado, en ocasiones diversas, celebradísimos como tales— i los sábados, con visitas o sin ellas, se ponía a prueba mi memoria en recitaciones de versos i se me aplaudía como flor i nata de recitadores. Con esas credenciales fuí acogido, de sólo diez años, en las aulas del Seminario de Santo Tomás de Aquino. Para entonces era yo decimista. . . Desde los once hasta los catorce años escribí un rimerero de décimas para las fiestas de barrio. En las primeras tuve de coautora, o de cómplice, a mi abuela. Por esa puerta. . . falsa, o de escape, entré al alcázar de la poesía. Para entonces “hacia comedias”, trucas o mütulas, al aire libre, como pasantía para figurar luego entre los aficionados del *Teatro de La Republicana*, i oficiaba de sacerdote, como gobernador eclesiástico sede vacante, —lo mismo que Meriño, mi amado maestro, que lo era entonces de la Arquidiócesis— en un templo casero de muñecas convertidas en imágenes, i solía, desde el púlpito, que antes había sido tercerola de vino o barril de arroz de Carolina, “echar sermones” en los cuales el énfasis melodramático se desbordaba en apóstrofes i prosopeyas, cuando no en símiles de similar, a juzgar por su falso brillo. Escribía también cartas eróticas, tenidas por sugestivas, para galanes campestres o para condiscípulos rebeldes a la peñola. Algunas se hicieron famosas entre clérigos i seminaristas. . . enamorados. Ricardo Martínez —mi amigo i condiscípulo inolvidable— conservó en la memoria i recitaba, ya transcurridos siete a ocho lustros, dos que según él, decía estallando en su alborozada risa, habían servido de modelo o de molde a buen número de epístolas del mismo género a lo babieca. Para entonces, en fin, funjía yo de presidente de una sociedad de recreo —que solía culminar en baile— i en otras de mera lectura de compendios i páginas de folletines, la cual se ufanaba como centro de estudios. En la segunda esgrimí mis primeras armas en asaltos de oratoria.



Dijérase que era yo de madera presidenciable. A partir de aquellos remotos días, los de mi adolescencia, fui de continuo candidato, muy socorrido, a la presidencia de sociedades de diversa índole. Eso no ha cesado. Claro es que no se trataba de cierta candidatura de pró, discutida en veces a sangre i fuego, en la cual suele ocurrir que se cumpla, por analogía quizás, la lei económica formulada por Gresham: "La moneda mala desaloja a la buena".

Mi vocación literaria se definió en las aulas del Seminario. Es curioso. No fueron españoles, sino franceses, los dos primeros libros que señorearon mi espíritu de los diez a los doce años. Uno: El *Telemaco* —el admirable libro del gran estilista i esteta que fué Fenelón— leído por mi buena madre i por ella vertido al castellano, en una doble lectura hogareña. El otro solía leernoslo, entre días, comentándolo, como modelo de estilo i de elocuencia, el Padre Fernando Arturo de Meriño. Era el volumen de los célebres sermones del Padre Lamennais. El insigne pensador i orador sagrado tuvo, entonces, un fidelísimo intérprete en el insigne orador i tribuno dominicano.

Meriño daba en el Seminario —del cual era Rector en su carácter de Jefe de la Arquidiócesis, sede vacante— un doble curso de Literatura Española. En el primero figuraban "los mayores", tales como Luis M. Caminero, Juan Tomás Mejía, Fco. Gregorio Billini, José Santiago de Castro, José Joaquín Pérez, Daniel Henríquez. . . En el segundo se hallaban "los pequeños", tales como José Joaquín Delmonte, Aurelio Fernández, Fco. Quirico Contreras, Francisco Herrera, Sgo. Bobadilla, Joaquín Urdaneta, Ricardo Martínez, Cro. N. de Moya. . . Ese era el mío. En el primero se estudiaba i hacía crítica; en el segundo, composición literaria. En ambos desfilaban los clásicos españoles, especialmente los próceres de los siglos de oro de la literatura castellana, i, en primer término, Cervantes con el *Quijote*.

Alternaban los trabajos orales i escritos. Un sábado —era mi turno— presenté yo i leí uno, de algún vuelo, aunque de poca monta, el cual dizque tenía rasgos de elocuencia. Cuando concluí la lectura i apenas restituído a mi asiento, como quedase al lado del maestro, sentí una palmada cariñosa sobre el hombro i oí esta frase tentadora, de augurio o de aliento: *tu serás. . .* Era Meriño que me daba, por tal modo, el simbólico espaldarazo de la caballería andante, como presunto caballero del verbo, o de la lira, o de la pluma. Pancho Contreras —que sabía de las décimas barbareñas i mercedarias— opinaba que era de la lira; Ricardo Martínez —que conocía el epistolario erótico i patético— afirmaba que era de la pluma; i Ca-

simiro Moya mantenía que era del verbo. Entonces contaba yo trece años.

Cuatro años después —restaurada ya la República— escribía mis primeros sueltos i crónicas, a guisa de iniciación en las arduas faenas del periodismo; cantaba al amor, en versos de poco aliño i de no pocos ripios; i echaba mi cuarto a espadas en breves discursos de ocasión, improvisados, que, por breves sin duda, eximiéronme de la responsabilidad de darle al auditorio la lata i el sueño. La nota romántica, por lo común, armonizaba con la nota patriótica. Pues no! Era que Meriño había sido maestro de Filosofía i Letras de aquella legión de entusiastas jóvenes i adolescentes, i, al amparo de esas i otras disciplinas mentales, había templado el alma de casi todos sus discípulos en la fragua del amor a la patria i los había armado caballeros para las nobles lides de la justicia, de la libertad i del civismo.

Con tales antecedentes —por vocación manifiesta— entré en el palenque del periodismo desde la adolescencia i a las del magisterio desde la juventud, desinteresadamente, i al servicio de ambos he permanecido alrededor de medio siglo, sin abandonar la lira i listo siempre a ocupar la tribuna en defensa o en honra de la justicia, de la verdad, del bien i de la belleza.

A la 2ª— Harto difícil me parece darle contestación cumplida a la segunda pregunta del cuestionario. *Mi especialidad?*— heme interrogado, una i otra vez, i, francamente, no encuentro en mí nada de especialista. Ignoro cuál de mis actividades del espíritu deba ser considerada como una especialidad dentro del conjunto de mi obra literaria. Esta es abundante i varia. Ya lo hacía notar Rafael A. Deligne, en las pos-trimerías de la pasada centuria, en el estudio crítico de altura que dedicó a mi labor mental, ética i estética. I hace una década, en 1907, opinaba lo mismo, al parecer, el olímpico Rubén Darío. Suya es aquesta frase enjuta: "Por todos los géneros (*literarios*) espiga el talento de un Henríquez Carvajal". Eso se lee en una página del gran poeta de los cisnes i los pinos, la cual sirve de prólogo al libro de marginales *Hombres i Piedras* por Tulio M. Cestero.

Sólo que. . . espigar ha dicho? A mí me parece, lector amigo, que algo más que éso he hecho yo en los fundos, los cármenes i los huertos donde mi verbo i mi pluma han sido arados i sembradoras.

Pero no soi un especialista en éste o aquel género literario; i no puedo contestar esa pregunta.

A la 3ª.— I heme aquí de nuevo en tamaño apuro. Mis lecturas han sido tantas i tan diversas; el



movimiento incesante de mi espíritu dentro de su propia orientación evolucionista, ha obedecido a tan diferentes motores intelectuales i estéticos; el torrente de las ideas i las emociones, en que me he visto envuelto a menudo, ha sido tan caudaloso i de tanta amplitud —que difícilmente podría determinarse cuáles autores han influido más o menos en mí como escritor: En mi estilo, ninguno. Empeño pueril sería querer demostrar que no he recibido alguna influencia, directa o no, de mis autores preferidos, o favoritos, en determinados períodos de mi existencia literaria. Es imposible sustraerse a las corrientes dominantes ni a la influencia de aquellos vasos de elección, inagotables, que en cada época ofrecen el néctar de los dioses al labio sitibundo de los amantes del saber i de la belleza. Pero ese influjo no es exclusivo. Tampoco es absoluto, sino relativo, en lo que ataque a mi manera de pensar i de sentir. Acaso ello se deba a la circunstancia de que mi organismo ético predomina sobre el intelectual i el estético. Los próceres de la conducta, los del civismo en acción, los sembradores e iluminadores de conciencia, esos los que han influido e influyen aún, con su apostolado i con su vida, en mis ideas i sentimientos i en los actos de algún relieve de la mía.

Tal atracción simpática han sabido ejercerla sobre mi espíritu, con mayor o menor intensidad subjetiva, algunos de los “hombres raros como los montes”, o de aquellos que “ponen su vida al margen de sus obras”, —según expresiones verbales de José Martí— entre los cuales descuellan, a modo de sobresalientes i orientadoras cumbres él i Duarte!

A la 4ª— Hubo un tiempo en que manifesté cierta inclinación natural a cotejar mis propias producciones —las del mismo género o de la misma índole— i solía darle la preferencia alguna de ellas sobre otras. En esa selección jamás tuvo voto la autocrítica. Después me atuve al proceso evolutivo, ascendente, de mi ya maduro espíritu, no sujeto a tradiciones caídas en desuso ni tampoco a las incoherencias i rarezas del tipo novedoso o nevelero.

Mis ideas, mis emociones i mis actos viven i se mueven en el puro y fresco ambiente de la libertad

i del progreso. Por eso estimo que, mientras no se inicie para mí el período del descenso, de la decadencia —que acaño ya no demore!— cabría aplicar a mis producciones escritas el aforismo cristiano: “las últimas serán las primeras”.

A la 5ª— ¿Pero es que existe tal profesión, liberal o técnica, en la mayoría de los países en donde se habla bien o mal, la grave i armoniosa lengua de Cervantes, de Montalvo i de Rodó?

En no poco es, todavía, la cualidad de escritor o literato, o periodista, o poeta, solamente un accesorio, cuando no un sambenito. Para algunos sujetos, que gustan de la sinonimia i hasta de la anonimia, es apenas un . . . predicado.

En la parte española, la dominicana, de esta insula cuna de América, —que se ufana con los lauros i las preseas de la Ciudad Primada i Atenas del Nuevo Mundo— nunca fué profesión característica ni se ejerció como tal el escribir en prosa o en verso para el público. Sólo el periodismo ha podido lograr, siquiera a medias, entre nosotros, los caracteres i las ventajas de una profesión . . . mal retribuida.

Ello no obsta, lector amable, para admitir que aquí existe, aunque no medre, la profesión de escritor i aún la de literato, i que yo las profese con *amore*. Admito eso, claro es, puedo i me place contestar la quinta pregunta del cuestionario, i lo hago así:— Esa profesión es una dama, mui señora mía, de la cual no tengo motivos de queja. Al contrario —i abandono, para concluir, el ocasional humorismo que discurre por estas líneas *cálamo currente*— debo a la prensa, a la cátedra, a la tribuna i a la lira, auxiliares de mi propia cultura, no pocos goces de altura, a plena luz, en lo oscuro i áspero del camino; i creo sinceramente que, gracias a ellas, me ha sido dado elevar i conservar a tono brillante el ritmo de la vida!

FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL

LETRAS, año I, núm. 28, Santo Domingo, Agosto 19 de 1917.

